

ENSAYO DE LA FELICIDAD

Se han encontrado muchos enterramientos neandertalenses, pero en ninguno de ellos había rastro de abalorios ni de objetos de adorno corporal. Los primeros adornos personales debieron aparecer un poco más tarde, hace sólo unos cuarenta mil años. Durante muchísimos siglos aquellos primigenios esbozos de humanidad, "nuestros primos lejanos" como diría Lord Dunsany, no sintieron necesidad de embellecerse ni emperifollarse en modo alguno... a menos que se adornasen con joyas más frágiles, como hojas o flores, de cuyas guirnaldas no nos han llegado testimonio. Yo me atrevería a suponer que fue precisamente así, pues no imagino a seres propiamente humanos -y los antropólogos me dicen que esos neandertalenses lo eran- carentes de exuberante coquetería, de vanidad autoafirmativa, de cierto pavoneo en el filo mismo de una naturaleza no demasiado amable y de los agobios cotidianos por retrasar la inevitable muerte.

De eso sí que podemos estar al menos seguros, de que sabían con toda certeza que iban a morir: serían admisibles en último extremo hombres sin adornos ni cosmética, pero no desde luego sin conciencia de su destino mortal. Convencidos de su muerte, más o menos próxima, y luchando contra ella y contra todo lo demás -privaciones, desastres, pánicos ante lo desconocido- tengo por razonablemente seguro que los neandertalenses se decoraban como podían, se pavoneaban y también se gastaban unos a otros pequeñas bromas. Ciertos antropoides ya *casi* hacen todas estas cosas, sin barruntar la certeza de la muerte: aquellos primeros hombres, puesto que lo eran, no pudieron dejar de hacerlas. Presumían ante la muerte y su necesidad y mostraban por medio de los adornos una paradójica exaltación íntima. ¿Cómo llamaremos a esa exaltación? Júbilo vital, albricias por durar sin perecer, felicidad, agradecimiento por estar todavía en el mundo, sintiendo miedo y carencias, esforzándose, conociendo la inminencia irrevocable de lo fatal... En una palabra y además francesa: *joie de vivre*. Los primitivos se adornaban, conjeturalmente primero con flores o restos de animales, ciertamente después con abalorios, pinturas e indumentarias, más tarde con el arte, la literatura, el erotismo, todo lo que su imaginación les dictó para mejor exteriorizar el desafío de su *alegría*. Hasta que no supieron irrevocablemente que iban a morir, no fueron humanos; hasta que no fueron humanos, no conocieron la conmoción de la alegría vital y la necesidad de exhibirla, preservarla y aumentarla (con joyas, ritos, virtudes, empresas...). Y también, desde el primer día, debieron sentir el desasosiego eventual de perderla.

La alegría no es la conformidad con lo que ocurre en la vida, sino con el hecho de vivir. Objeciones contra lo que a los humanos nos pasa en la vida nunca han faltado, desde las épocas más remotas de las que tenemos noticia escrita. Uno de los textos más antiguos que se ha logrado descifrar es una relación mesopotámica hallada en una tumba y conocida a veces como "Canción del desesperado", que quizá constituyó una suerte de testamento espiritual o de opinión definitiva sobre el mundo y sus maneras proferida por una inconformista. El autor deplora la brevedad, dolores y fatigas de la existencia; denuncia la injusticia de los poderosos, la arrogancia brutal de los militares, la codiciosa astucia de los mercaderes, la prevaricación de los jueces, la infidelidad de las mujeres, la desobediencia de los hijos... Concluye, con amenazador alivio, que todo marcha tan rematadamente mal que el mundo se aproxima probablemente a su extinción final. Esta protesta milenaria se ha repetido desde entonces a lo largo de los siglos con invariable regularidad: de nada estamos mejor informados que de lo desastrosamente que han ido siempre las cosas. Cuando encontramos alguna mención de instituciones o personas bienaventuradas, siempre es para lamentar su pronta desaparición; si alguien glorifica al Estado vigente o ensalza a algún contemporáneo, podemos concluir sin temor a equivocarnos que cobra un sueldo por ello. La *insatisfacción* es la reacción más general, espontánea y desinteresada que han consignado los humanos respecto a lo que en cada momento histórico constituía su presente. Seguro que siempre han tenido buenas razones para ello. Las mismas que asistían a Borges cuando acotó, hablando de uno de sus antepasados: "le tocaron, como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir".

La verdad es que, cuando se habla bien del mundo, poco podemos decir de inteligente o de sincero. Los intentos de aliviar tanto luto suelen resultar patéticamente frágiles y sobre todo frívolos. Merecen el desdén con el que aquel severo señor de un chiste de Mingote recibía de su ingenua y rozagante esposa la noticia de

que ya volvía a ser veintiuno de marzo: "¡Primavera, primavera!... ¡Con lo triste que es la vida!" Para sentenciar al mundo por ser como es no hace falta más que *realismo*: para absolverlo y felicitarnos por estar en él, necesitamos sin duda *imaginación*. Supongamos que es la imaginación humana el comienzo de toda alegría y desde luego del propósito inverosímil de felicidad. Pero no una imaginación que nos refugia en lo que no es, lo cual es triste, sino la imaginación alegre que se deleita afirmando sin condiciones ni escrúpulos lo que es.

Porque la alegría, pese a todos los malos augurios, permanece intacta. Y los hombres no nos ocupamos de otra cosa que de exhibirla, reafirmarla, prolongarla y, llegado el caso, recuperarla. Como todos los "¿por qué?" están en su contra, debemos llegar a la conclusión de que es *sin por qué*, como la rosa. Deficiente condición y a la par invulnerable. ¿A qué puede deberse? Sorprende que los filósofos la hayan desdeñado con incuria tan despectiva. Uno de los pocos que se han ocupado de ella, Clément Rosset, la considera en cambio y hasta mejor informe "la cuestión más seria de la que nunca ha tenido que ocuparse la filosofía". Esa cuestión, según Rosset, se plantea así: "O bien la alegría consiste en la ilusión efímera de haber acabado con lo trágico de la existencia: en cuyo caso la alegría no es paradójica pero es ilusoria. O bien consiste en una aprobación de la existencia tenida por irremediabilmente trágica: en cuyo caso la alegría es paradójica pero no ilusoria." Y Rosset titula su comentario sobre este tema "La fuerza mayor", porque la alegría se impone a todo lo demás... sin que sepamos cómo. Lo cual a quien reflexiona no deja de ocasionarle cierta *vergüenza*, motivo quizá por el que la alegría ha encontrado tan escasos valedores entre los filósofos, dejando aparte -eso sí- a los mejores: Demócrito, Montaigne, Spinoza, Nietzsche. El resto la han tenido por un trastorno pueril, una demostración de falta de profundidad, un episódico aturdimiento del que la sabiduría nos aparta ("quien añade conocimiento, añade dolor", declara el *Eclesiastés*), un pecado voluntario o involuntario contra la *gravitas* filosófica, un síntoma de minusvalía de talento: ¿acaso no ha explicado ya Aristóteles que el hombre de genio ha de ser melancólico? En cualquier caso, algo irrelevante desde el punto de vista teórico, porque carece de fundamento racional: por el contrario, tiene todas las razones en contra. Quizás en cambio tiene, apuntamos nosotros, la imaginación a favor...

Según nos enseñan las disquisiciones de la mayoría de los filósofos, pensar la realidad es *echar en falta*. Que a la realidad le falta algo, lo esencial, en eso están de acuerdo los pensadores más variopintos. A la realidad le falta estabilidad y firmeza; no dura, es transitoria, aparece y desaparece con vértigo fugaz; le falta también veracidad: es engañosa, se oculta, se manifiesta equívocamente; carece de legitimación ontológica, de razón se ser: está pero no sabemos por qué está y sabemos que podía no haber estado, puesto que eventualmente llega a borrarse. La realidad no tiene virtudes, diríamos que no tiene *corazón*: es cruel, despiadada, interesada en todos y cada uno de sus movimientos, carente de escrúpulos y de miramientos con los débiles, dolorosa cuando quita y tacaña cuando concede, brutalmente sincera: descortés. Lo peor de todo: la realidad no ofrece alternativas, se obstina en su unilateralidad monótona, desoye arrepentimientos y enmiendas, permanece irreversible, intratable. Con esta realidad está claro que nadie en su sano juicio puede sentirse *contento*.

De aquí el escándalo filosófico ante la alegría, porque ésta parece contentarse evidentemente con la realidad tal como se nos ofrece, excitante e indigestamente cruda, y no echa nada en falta (al contrario, sólo se queja de lo que sobra). ¿Cómo puede incurrir en tan ciega *vulgaridad*? Por lo visto, se las arregla para sacar de lo real más de lo que éste -teóricamente insuficiente- nos brinda. Clément Rosset describe así esta satisfacción enigmática: "Se dice que la mujer más bella del mundo no puede dar más que lo que tiene, entendiendo por ello que es vano esperar de la realidad más de lo que puede dar. Sentencia contradicha por la alegría, la cual realiza cotidianamente esta hazaña aparentemente imposible: no es que pida a la realidad más de lo que ésta puede ofrecer, sino que obtiene de ella más de lo que podía razonablemente esperar."

Esta capacidad inexplicable para obtener de la vida una especie de *suplemento subjetivo* que la hace notoriamente deseable es lo que podemos llamar "imaginación alegre". Ha solido siempre ganarse las inectivas de quienes, por causa teórica o fisiológica, no pueden disfrutar de semejante beneficio, tan reconstituyente como gratuito. La acusación contra la alegría es de *impiedad*, en el doble sentido de la palabra. Es impía, primero, porque no rinde veneración a ninguno de los remedios religiosos o laicos que se ofrecen

para reparar lo que le "falta" a la realidad, según antes hemos visto. Ni a la trascendencia, ni a la eternidad, ni a las verdades inmutables, ni a la impasibilidad del sabio, ni a lo imperecedero, ni a la resurrección de los muertos, ni al juicio final que hará triunfar la justicia. Todos los complementos que apoyan y subvencionan las "carencias" de la realidad, cuando está presente la alegría ya no hacen falta... porque nada es echado en falta.

Pero también se tacha de impiedad a la alegría en el sentido de que demuestra falta de piedad o compasión por los sufrimientos de nuestros congéneres (Schopenhauer diría que de todos los seres vivos). Estos fiscales suponen que la alegría, para ser lícita, ha de venir justificada por la celebración de acontecimientos favorables concretos: si éstos faltan o si sobreabundan las desdichas, se convierte en una burla siniestra del dolor ajeno. Pero resulta que lo característico de la alegría (lo que la hace distinta y más intensa que la satisfacción que sentimos al ver cumplido cualquiera de nuestros episódicos anhelos, egoístas o altruistas) es que se manifiesta *a pesar de todos los pesares*, propios o ajenos. No porque los ignore, sino porque los vence; mejor, porque en su raíz misma no tiene nada que ver con ellos: porque los *desconoce* aunque los conozca demasiado bien. Los pesares provienen de aquello que en la vida sucede y la alegría de aquello que la vida es, del hecho de vivir, y del perpetuo imaginarnos vivos que lo acompaña. Añadamos, para tranquilidad de los acusadores, que los alegres no tienen por qué ser menos *movilizables* que los tristes a la hora de intentar enmendar los desafueros y catástrofes. También ellos pueden ser llamados a filas para mejorar el mundo, como todos los demás: no son objetores ni insumisos (al menos, no necesariamente) ante el servicio obligatorio que la común condición humana nos impone. A ese mismo servicio aportan, como un himno triunfal que precede a todo triunfo y acompaña también a cualquier fracaso, el rumor de su gozo.

Y aquí radica, precisamente, la paradoja *ética* de la imaginación alegre. Los moralistas que no la comprenden suponen que ha de ser el premio de la virtud, el objetivo logrado por medio del ejercicio ingrato y difícil del deber: desconfían de ella cuando se presenta demasiado pronto porque se quedan sin nada con lo que *sobornar*. Ni siquiera el severo Kant renunció a obtenerla de modo perdurable, pero como es evidente que no suele acompañar a los logros morales conseguidos en este valle de lágrimas, la aplazó hasta una vida futura cuya inevitabilidad consideró probada por tan imperiosa exigencia. Otros maestros de ética, sin embargo, vieron el asunto de modo más convincente o menos instrumental. No pusieron la alegría al final del camino moral, como su recompensa, sino *al comienzo*, como su inexcusable origen. La alegría no corona ni subvenciona a la virtud, sino que la crea como uno de sus modos de perpetuación. Las indicaciones morales de Demócrito, por ejemplo, se centran siempre en la forma más adecuada de conservar la *eutimía*, el ánimo cordial, equilibrado y risueño. Para Spinoza, sentir que aumenta racionalmente nuestra alegría es el mejor síntoma moral y juntamente el contenido más preciso que podemos darle a la palabra "virtud", tantas veces referida supersticiosamente a lágrimas y autoflagelaciones. Nietzsche, por su parte, liga necesariamente la alegría a la auténtica bondad y, aunque no la considera como índice fiable de la más alta sabiduría, asegura que la sabiduría misma no puede aspirar a mejor conquista: "La persona que tiene mucha alegría es necesariamente buena: pero tal vez no sea la más lista, aunque consigue precisamente aquello que la más lista trata de conseguir con toda su listeza." Hay en la alegría una gratuidad que la distingue de los logros de la reflexión y aun de la perspicacia vital, y que sin embargo la vincula con la energía de la imaginación: la alegría no está al final de nuestras búsquedas, a menudo las precede o se desentiende de ellas, pero en cambio ninguna de nuestras indagaciones morales o intelectuales puede desentenderse de ella ni desembocar en punto más alto. Según Nietzsche, es imaginable que haya alegría sin ciencia profunda pero la ciencia más profunda ha de ser alegre, *Gaya ciencia*.

¿Puede definirse la alegría? Spinoza lo intentó dentro de su peculiar estilo geométrico, caracterizándola como "una pasión por la que el alma pasa a una mayor perfección", dado que aumenta o favorece nuestra capacidad de obrar, lo cual quiere decir que nos ayuda a ser mejor tal como nos corresponde. Quizá sea una definición demasiado operativa, demasiado sistemáticamente "funcional". Yo prefiero destacar en la alegría ante todo su disposición incondicionalmente afirmativa: es un asentimiento más o menos intenso a nuestro asentamiento o implantación en eso que llamamos vida o mundo. Y, como digo, incondicional: la alegría tiene pretextos, estímulos, lubricantes, anestésicos, *cortocircuitos*... pero nunca causas suficientes ni requisitos imprescriptibles.

Nada en la vida es causa necesaria de alegría para nadie; nada en la vida ni en la muerte es obstáculo definitivo para la alegría. Además del hecho mismo de vivir, de poder seguir funcionando, lo cual puede hacerse sin conciencia reflexiva, lo más que podemos obtener de la existencia es precisamente eso: *ganas de decir "sí"*. Si entendemos un poco la entraña del deseo humano, nunca cambiaremos la alegría por ningún otro don o conquista, pues cuanto apetece o arrebatamos no nos motiva más que a fin de conseguir una experiencia de asentimiento a la vida. Lo que Fausto decía anhelar, el "¡detente momento, eres tan hermoso!", puede traducirse: "ahora, sí". De ahí que la *jovialidad* -única condición humana que se recompensa de inmediato a sí misma, según Schopenhauer- tome su nombre de Jove o Júpiter, el más alto de los dioses.

Esa experiencia de asentimiento está ligada a la *felicidad* y al *placer*, otras dos de sus advocaciones. Poniéndonos taxonómicos señalaremos que la felicidad es el *estado* de afirmación vital, el placer es la *sensación* de esa afirmación y la alegría el *sentimiento* de la afirmación. Si quisiéramos establecer una cierta jerarquía entre las tres variantes -no para preferir una a las otras sino para hacer hincapié teórico en una sobre las otras- deberemos considerar varios criterios. La felicidad es sin duda la de mayor ambición, tanta que la propia vastedad de su demanda nos hace dudar y quizá retroceder. Suponerse feliz es afirmar una intensidad positiva suprema, estable e invulnerable (no hay felicidad en el desasosiego de perderla). Por eso el momento de la felicidad es el pasado, donde ya nada ni nadie nos la puede quitar, o el futuro, cuando aún nadie ni nada la amenaza: el presente, en cambio, está demasiado expuesto a lo eventual como para convertirse en sede de algo tan magnífico. Cualquiera es capaz de asegurar con suprema convicción que *fue* feliz (Aristóteles no concede otra felicidad que la que se predica de alguien ya muerto y por tanto definitivamente *a salvo*), muchos afirman con intrepidez candorosa que *esperan* serlo, pero muy pocos se atreven a decir que ya, ahora mismo, lo son... a despecho del trueno, como diría Macbeth. En cualquier caso, *beatus ille*. Por su lado, el placer despierta nuestra simpatía por el escándalo que aún produce su mención ante la excelsitud inorgánica que fingen los "desinteresados". Desde que la renuncia a lo sensual o su menosprecio se convirtió en distintivo profesional de los transmundanos, siempre habrá más gallardía en la brusquedad que ataja físicamente para darse gusto que en los remilgos del ascetismo. Ante quien propone goces incorpóreos y eternos, o abstractos, o virtuosamente colectivos, bien está reivindicar el grato retortijón momentáneo, carnívoro, mío y de ningún otro. Pero si en el caso de la felicidad cabe suponer que quizá no merezcamos tanto, ante el placer podemos decir que deseamos algo más. Algo menos discontinuo y más compatible con lo reflexivo, lo cual no quiere decir ni más etéreo ni más intelectual: algo que nos sirva no sólo para sentir bien, sino también para saber mejor, para *imaginarnos* mejor... Me parece por tanto que es preferible hacer hincapié en la alegría.

Estar alegre, querer estarlo por encima de todo lo demás -arriba, arriba...- es siempre una *ligereza*. Pierde su gravedad lo real sin dejar de serlo y ya no nos aplasta sino que nos impulsa, pese al abismo sin fondo sobre el que danzamos. Por lo demás, la alegría es cosa del presente, puesto que a nadie le impide sentirse alegre saber que dentro de un instante dejará de estarlo. En cualquier caso, sea como fuere que las jerarquicemos, conviene no olvidar que felicidad, placer y alegría son cómplices y aún más, son variables de un mismo asentimiento. Es sin duda el juego de la imaginación creadora el que prolonga la alegría en felicidad o la condensa sanguíneamente en placer.

La época actual no respira un clima propicio a la alegría. Me refiero, por supuesto, a cualquier época actual imaginable. En cuanto alguien empieza a hablar de la "época actual" es para denunciarla como obstáculo insalvable contra la alegría. Confluyen en tal criterio derogativo el anónimo y desesperado autor mesopotámico al que nos hemos referido, censores como Juvenal o cualquiera de los revolucionarios milenaristas. Según el historiador Peter Brown, para los primeros cristianos la "época actual" era "el producto de una tiranía demoníaca avasalladora a la que habían sido sometidos los seres humanos y, de hecho, todo el universo". La elocuente queja de Hamlet es bien conocida: "¡Qué fatigosas, rancias e inútiles me parecen todas las costumbres de este mundo! ¡Qué asco me da! ¡Ah, qué asco, qué asco!" Las crispadas quejas contemporáneas sobre la modernidad sin alma, el nihilismo, la pérdida de los valores o el olvido del ser redundan en los mismos trenos. Siempre estamos peor que nunca. Los autores lúcidos y críticos del momento moderno alcanzan tan alta nombradía merced a lo evidente de su pesadumbre. Es natural que así sea, porque sobre las quejas hay mucho que decir, mientras que las celebraciones impacientan pronto. La alegría es

expansiva pero nunca misionera, en tanto que el agobio necesita prosélitos. Frente a esta prestigiosa y minuciosa desventura, contra ella, con la mayor fuerza de la alegría y también con su trágico compromiso, sigue en pie el oráculo barroco de Baltasar Gracián: "Todo está ya en su punto, y el ser persona en el mayor." Y la imaginación alegre presente, por añadidura, que siempre ha sido así. Por ello todos los creadores dotados de fiera imaginación, de Picasso a Groucho Marx pasando por Fernando Pessoa, han desembocado siempre en felicidad, alegría o placer... aunque pintasen los horrores de la guerra, se burlaran de la estupidez rutinaria de los hombres o cantasen el delicado escozor de la melancolía. Quizá sea porque la muerte es lo único que con total certeza *sabemos*, pero también lo único que no podemos en modo alguno *imaginar*. En nuestra imaginación no dejamos de vivir ni por tanto cedemos jamás en el resplandor de la alegría: toda imaginación es vital y por eso al imaginar el hombre se *felicit*a a sí mismo...